

LOS berlineses occidentales tendrán derecho a trasladarse a la R. D. A. (República Democrática Alemana) treinta días al año. Este regalo de Navidad no ha sido demasiado apreciado por Egon Bahr, secretario de Estado del canciller Brandt, que hubiese deseado un derecho de visita permanente y sin límites. Pero si los emisarios de las dos Alemanias habían llegado fácilmente a concretar el acuerdo de principio firmado el 3 de septiembre pasado por los cuatro grandes, las negociaciones en torno al derecho de visita han sido largas y penosas. Desde el 20 de diciembre hay una brecha abierta en el muro. Pero es una brecha muy angosta.

¿Cómo explicar la inquietud de las autoridades comunistas ante una posible invasión de berlineses occidentales? Según nos aclara un teniente de alcalde de Berlín Oeste, en 1970 «el canciller Brandt fue triunfalmente recibido por una multitud entusiasta de alemanes orientales. Muy pronto, millares de berlineses occidentales visitarán el sector oriental de la ciudad: este aflujo de un espíritu liberal a una sociedad cerrada sólo podrá favorecer esa apertura tan temida por los dirigentes de Berlín Este».

Los habitantes del Berlín occidental no parecen, en absoluto, impresionados por el «histórico acuerdo» que acaban de firmar las dos Alemanias. Esa multitud compacta que se apretuja por las calles y se detiene frente a los recargados escaparates de las tiendas se preocupa bastante más de sus compras de Navidad. Los berlineses occidentales no se hacen ilusiones. «Mucha gente —me dice un amigo alemán, viejo socialista— esperaba que el régimen de la R. D. A. se derrumbase bajo el peso de las dificultades económicas y la hostilidad de gran parte de la población. Hoy esas personas saben que el régimen de la República Democrática es sólido, aunque la vida cotidiana de los habitantes del Este sea más difícil que la nuestra, aunque su nivel de vida sea inferior al nuestro en un 20 por 100».



El angosto portillo de antaño se ensancha ahora con el tratado de Berlín: los habitantes occidentales de la capital dividida tendrán, en lo sucesivo, derecho a trasladarse y permanecer, durante treinta días al año, en la zona oriental.

UNA BRECHA ABIERTA EN EL MURO

A FIN DE OBTENER EL RECONOCIMIENTO DE SU ESTADO, LOS COMUNISTAS ALEMANES HAN HECHO UNA "PEQUEÑA" CONCESION

Moscú: paz en centroeuropa

Los berlineses occidentales han aprendido a vivir con el muro. A na-

die se le ocurre pensar que el acuerdo interalemán vaya a modificar el statu quo o a favorecer un entendimiento entre las dos Alemanias. «Jamás se reconsiderará la partición del país —dice un joven profesor de la Universidad de Berlín Oeste—. Los soviéticos no renunciarán nunca a su pedazo de Alemania. Si han hecho ciertas concesiones, es porque el acuerdo sobre Berlín les garantiza por vez primera y de una manera formal las conquistas de la segunda guerra mundial; es también porque necesitan nuestra ayuda tecnológica e industrial y, finalmente, porque a Moscú le conviene la paz en el centro de Europa para tener las manos libres en otras partes del mundo».

Este análisis de un liberal es compartido por gran parte de los estudiantes de la «Universidad libre», enorme edificio construido después de la guerra, con fondos de la Ford Foundation, y que ha llegado a convertirse en una especie de baluarte del izquierdismo. Frente a un muro manchado por una inscripción gigante que reza: «El socialismo vencerá», un estudiante de Psicología nos explica: «El acuerdo sobre Berlín significa que las potencias imperialistas han llegado a un armisticio para realizar en complicidad pingües negocios. El "muro" sólo caerá el día en que en el Oeste nos desembaracemos del capitalismo y las masas populares del Este terminen con el régimen de la burocracia».

La idea de que el acuerdo sobre Berlín no ha cambiado nada es com-

partida por los habitantes del otro lado del «muro».

Berlín Este ya no es la ciudad gris y pobre que era antes. Hoy se levantan, al otro lado del «muro», edificios modernos que nada tienen que envidiar a los del Berlín occidental. Por las tardes, después del trabajo, la gente acude masivamente a los almacenes, incomparablemente mejor surtidos que hace años. La capital de la R. D. A. se parece en muchos sentidos a cualquier capital occidental: «Nos falta ya poco para llegar a una sociedad de consumo —dice un Ingeniero que trabaja en una gran empresa electrónica—. El coche resulta aún bastante caro y hay que esperar dos años. Es preciso una mejor organización de la economía: las mercancías se eternizan a veces».

Pero, ¿qué opina del acuerdo sobre Berlín? Su respuesta es seca, brutal: «Se autoriza a los alemanes occidentales a visitar Berlín Este prácticamente sin restricciones, mientras que a nosotros no se nos promete nada. Estamos condenados a quedarnos en casa o a pasar algún año que otro nuestras vacaciones en Yugoslavia, e incluso en este caso tenemos que solicitar un visado».

Ni vencedores ni vencidos

Estas palabras expresan el fondo del problema planteado y que se le seguirá planteando cada vez más acuciantemente a los dirigentes de la R. D. A.: ¿cómo explicarles a los diecisiete millones de habitantes del país industrializado más rico del campo socialista que no les está permitido el acceso a la otra Alemania, cuyos súbditos quedan, sin embargo, autorizados a desplazarse libremente?

Parece, sin embargo, que el régimen es ahora más impugnado que cuando la erección del «muro». Los berlineses del Este, que prefieren mirar la televisión alemana occidental antes que tener que aguantar la información oficial y estrechamente controlada que les brinda su propia televisión, tratan de ser realistas. «La Alemania Occidental y Berlín Oeste tienen sus propios problemas —nos explica un estudiante de Medicina—. La sociedad de consumo tiene también sus problemas. Si se me autorizase a pasar las vacaciones en Hamburgo, iría, pero no para quedarme; volvería aquí, donde tengo mi porvenir asegurado». El ingeniero en electrónica se expresa más o menos en el mismo sentido: «Tengo demasiadas obligaciones, demasiadas reuniones. A veces me gustaría que me dejaran en paz. Pero es aquí donde vivo, y mis hijos tienen el porvenir estable».

«En el acuerdo interalemán —me explica por último un profesor de Berlín Este— no hay ni vencedores ni vencidos; los alemanes del Oeste seguirán en el sector occidental, cuando nuestro objetivo era el de expulsarlos de allí. Podrán venir a visitarnos, mientras que nosotros no podemos movernos de aquí. Pero la contrapartida no es de despreciar: los alemanes del Oeste reconocen de facto a nuestro Estado, cosa a la que siempre se habían negado. El día de mañana, la R. D. A. sería admitida en la ONU. Y todos los Estados se apresurarán a reconocerla». ■ GERARD SANDOZ.

